

EL

ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRAÐABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

SUMARIO.

Hiya, esposa y madre, (conclusion de la parte segunda), por María del Pilar Sinués de Marco.—*Al Sacramento*, oda, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—*Preferencias de un padre*, (conclusion), por doña María Mendoza de Vives.—*Lo que se vé en casa de la señora Tussaud*, (conclusion), por Alejandro Dumas.—*Invenccion de las pelucas*, por el Vizconde de San Javier.—*La Piedra*, por Schmid.—*Explicacion y aplicacion del figurin*, por Pamela.

Con este número se reparte un figurin y el pliego sétimo del tomo sexto de la *Galeria de mujeres célebres*.



HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Conclusion.)

XLI.

LA CONDESA Á MÉLIDA.

Madrid, octubre de 18...

Tu hermana, hija mia, acaba de dar á luz una hermosa niña, con toda felicidad.

Ella no creia tan próximo su alumbramiento; pero yo sí, y por eso la he disuadido lo mismo que á Camilo de emprender su viaje á París, que llevarán á efecto, no bien Clara se halle restablecida.

El duque de Richeville viene para tenerla en la pila bautismal, y recibirá los nombres de Octavia, Camila, María, aunque se la llamará con el último.

Tu hermana dice que se parece á tí, y yo creo lo mismo.

Ya te he dicho en otra mia anterior, que el espíritu de tu hermana se tranquilizó á los dos dias de hallarse aquí Camilo; él, con la magia de su lenguaje y de su voz, supo reanimar á Clara, lo que yo, á pesar de todos mis esfuerzos y arduos de madre, no podia lograr.

Solo conseguia un daño mayor, y es que Cla-

ra me ocultaba todo lo que sufría para no afligirme.

Felizmente, disipada algun tanto su languidez y la debilidad que la aniquilaba, ha adquirido fuerzas, y espero, dentro de pocos dias verla contenta y restablecida.

Ahora, hija mia, mi pensamiento no se separa de tí; yo quisiera volar á tu lado, porque tambien está próxima tu maternidad; pero no puedo dejar á tu hermana por ahora: tú, á lo menos, tienes ahí á la excelente y previsora madre de Bautista, y además, aun permanece Honoria contigo; pero Clara no tiene á nadie, porque ni aun la mariscala, tan activa y ágil en otro tiempo, puede venir á verla: á mi pobre amiga le costará la vida el casamiento de su hijo, ó mas bien, la inesplicable conducta de la esposa de este.

Volvió á Madrid, y se ha dedicado con el ansia mas loca á asistir á los bailes, saraos, y toda clase de diversiones: su lujo es de tal modo escesivo, que es del todo imposible no venga al suelo la colosal fortuna de la casa: una nube de inútiles servidores vaga por las antecámaras, sin ocuparse en nada, pero gastando cada dia una espantosa suma en el sostenimiento de su ociosidad.

César se ha vuelto misántropo y apenas se deja ver de las gentes: estoy segura de que ha sentido ya muchas veces el no haberse casado con Clara; al ver á su madre en el estado de demacracion en que se vá quedando, se golpea la

frente y huye de su vista con el aire estraviado, y casi demente.

¡Y su esposa está próxima á darle un hijo! ¿qué hará este desgraciado, cuando vea que no tiene madre que vele por él?

Yo bendigo á Dios todos los dias, hijas mias, porque sois tan buenas, que todos me envidian el ser vuestra madre.

Clara acabó su cuadro el dia antes de su alumbramiento: es el retrato de Camilo, hecho de memoria, con un talento y una seguridad que Van-Dyk no se desdeñaría de firmarlo. Camilo está tan admirado, que no puede creer á sus ojos.

Así que Clara deje el lecho, correrá á tu lado tu madre que te abraza

LUISA.

XLII.

HONORIA Á CLARA.

C.... octubre de 18...

Nuestra Mérida, querida hija mia, tiene ya una niña tan bella como la primera luz de un hermoso y sereno dia.

Nació ayer: desde entonces todo es aquí alegría; pero tan grande, que raya en locura.

La señora Catalina y su marido, que jamás han tenido una niña, rien ahora, cantan y lloran al ver su nieta, y se la quitan de los brazos el uno al otro.

Bautista, aunque muy preocupado por el alarmante estado de su mujer en los últimos dos meses, está tambien absorto en una felicidad suprema; pero su carácter, que se ha hecho grave y recojido, no le permite los extremos que á sus padres.

Es necesario con Mérida un cuidado estrecho: su delicada naturaleza se ha resentido profundamente de las penosas molestias de su embarazo; pero quizá la maternidad fortalezca su débil organismo.

De V. mi amada Clara, sé que ya ha dejado el lecho, que se restablece, que es feliz! ¡ah! gracias al cielo que ha pasado la terrible tempestad que durante algun tiempo ha rugido sobre su cabeza! ¡qué admirable valor el suyo! ¡y cómo debe Dios recompensarlo! Camilo es digno de apreciarlo, y él será siempre el primer admirador de V.

Sé por su buena madre, que á su niña—á pesar de llevar tambien el nombre de su padrino y el de V.—se le ha puesto como primero el dulce de *María*, y que así será como se la llama:

me: tiene V. mucha razon: ¿bajo qué advocacion mas dulce y mas santa puede ponerse á una criatura al pisar los umbrales de la vida? si Dios me hubiera concedido la dicha de ser madre, *María* se hubiera llamado mi primera hija.

La niña que nos ha nacido ayer—y digo *nos ha nacido*,—porque tambien la considero un poco mia, se llamará *Felicia*: tal es el deseo de sus padres, aunque á los abuelos paternos no les agrada mucho.

Este ángel vá á convertir en un paraíso esta casita, tan alegre ya; ¿cómo crecerá entre la inteligente ternura de sus padres, y el sencillo amor de sus abuelos!

Mérida espera á su madre con ansia para presentarle á su recién nacida; su primer pensamiento fué dar gracias á Dios por habérsela enviado: el segundo, desear que la viese su madre.

Anoche, cuando todos dormian, yo me quedé á velarla, y la creia dormida tambien: sentada á la cabecera de su lecho, contemplaba con tristeza su dulce y pálido rostro, enflaquecido por la enfermedad y la fatiga, y me habia persuadido de que descansaba: de repente abrió sus ojos, y me dijo: espero á mi madre y tambien á Clara; ¡sí! no dudo que, antes de salir de España, vendrá á verme.

Esta noche se bautiza á la pequeña *Felicia*: su abuela Catalina la tendrá en la pila del bautismo: ahora duerme en su cunita de caoba entoldada de blanca muselina, que sujetan graciosos lazos de cinta azul: adios, mi amada Clara.

HONORIA.

XLIII.

VALENTINA Á HONORIA.

Madrid, octubre de 18...

Diez dias hace que me retiene en casa, mi alumbramiento, amiga mia, y le escribo para suplicarle que aun una vez dispense mis faltas y me perdone la cometida contra su querida Clara, á la cual he detestado siempre, no siendo acaso el motivo mas pequeño de mi odio, el hallarla tan querida de V.

Tengo una hija, y aun no está bautizada, porque no hallo un nombre bastante á mi gusto que ponerle; todos me parecen demasiado vulgares y plebeyos; al fin, creo que la llamaré *Judhit*; es el nombre menos comun que conozco, y bonito y adecuado, sobre todo, para mi hija, que tiene los ojos y los cabellos negros.

De todas las nodrizas que me han enviado, he elegido una jóven muy bella, á la que vestiré con todo el primor y lujo posibles para llevarla en mi carruaje; mucho deseaba poder tener algun dia una bonita niña y una nodriza elegante.

Perdone V., amiga mia, estas tonterías: ya sabe V. que nunca he sabido disimularle nada, y que le digo cuanto pienso con toda franqueza: además, ¿qué mal hago yo en gustar del lujo, y de llamar la atención? me he casado con un hombre rico y puedo hacerlo: para eso me ves rodeada de otros mil sufrimientos que tengo casi miedo de decirle.

César se ha vuelto silencioso, sombrío, casi feroz: no sale ni conmigo, ni solo, ni aun con sus amigos, porque no los tiene: á no ser porque yo salgo con la bella y jóven marquesa D... ó sola—lo que tampoco me dá cuidado—me encerraría en casa como en una prision.

Ahora me hallo condenada al retiro hasta que me restablezca; á causa de haberme cuidado poco el tiempo que he estado en cinta, el alumbramiento ha sido bastante penoso, y no me restablezco; no obstante, así que pueda saldré á lucir mi Judhit que es muy bonita.

Adios, amiga mia: cuando deja V. ese rincón de mundo? venga V. pronto á Madrid para que pueda abrazarla su apasionada

LA MARQUESA DE MONTEMAR.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

Maria del Pilar Sinués de Marco.

AL SACRAMENTO.

ODA.

*Cœnantibus autem eis, accepit
Jesus panem, et benedixit, ac
fregit, deditque discipulis suis,
et ait: accipite et comedite hoc
est Corpus meum.*

SAN MATH. CAP. 26, v. 26.

Dios, eterna verdad, raudal fecundo
De paz y de consuelo,
Cuyo nombre infinito y sin segundo
Ni cabe en la estension del ancho mundo
Ni en la insondable inmensidad del cielo.

Radiante luz de nuestra noche oscura,
Creador increado,
Cuya potente voz grave y segura
Evoca ante sus pies la edad futura

Ó borra de los siglos el pasado

Tú que haces, oh Señor, que al cielo asombra
Tu poder infinito,
Y que dejaste, por su bien al hombre,
Tu omnipotente y soberano nombre
Con mundos mil en el espacio escrito;

Tú trino y uno, tú, tres veces santo;
Presente en todas partes,
Que invisible, supremo y sacrosanto
Por una gota de cristiano llanto
Inmensos mares de perdon repartes;

Tú, á cuyos pies la eternidad se humilla;
Tú, á quien Señor aclama
El serafin doblando la rodilla,
Mientras humilde con piedad sencilla
El débil pecador Padre te llama;

Tú, que al mover tu espléndido sudario
Los cielos estremeces,
Hoy rompes tu magnífico sagrario
Y trocando la tierra en santuario
En medio de los hombres apareces.

Y velado en augustó sacramento
Al Universo vienes;

Después que diste vida al firmamento
Y con el soplo de tu augustó aliento
Sobre el profundo caos le sostienes.

No bastaba oh, Señor! á tu probada
Bondad divina y pura,
Por redimir la humanidad culpada
Ir á agotar sobre la cruz sagrada
Indefinibles mares de amargura.

No te bastó del Sinaí en la cumbre
Aparecer un dia
Del rojo sol sobre la ardiente lumbre,
Y mostrar á la inmensa muchedumbre
La ley que tu justicia le imponia.

No te bastó, Señor, cuando tu juicio
Halló al hombre culpado
Perdido en anchos piélagos de vicio,
Pagando tu sagrado beneficio
Con la torpe maldad, en el pecado,

Dar tu existencia en holocausto ardiente
De su virtud manchada,
Y lavar con tu amor su impura frente
Con la sangre de un Dios, sangre inocente,
Y con el llanto de su Madre amada.

Aun quisiste hacer mas; grato consuelo
A su amargura diste,
Y descendiendo del Empíreo al suelo
Su pobre corazón trocaste en cielo,
Y en santo altar su pecho convertiste.

¡Misterio indefinible y soberano

Do tu bondad se ostenta!
El Dios potente cuya diestra mano
Del ser y del no ser mide el arcano
Y sobre el Eter su grandeza asienta;

Quién de la tierra el insondable seno
Anima y fertiliza;
El que en la vaga nube forma el trueno,
Ó de poder y fortaleza lleno
El rayo asolador trueca en ceniza;

Aquel, que si los mares se sublevan
Y en ondas desatadas
Hasta la orilla amenazantes llegan,
Dice *atrás*, y las aguas se replegan
Por su sola palabra rechazadas.

El único, el eterno, el justo, el fuerte,
La Trinidad unida;
El dueño universal de nuestra suerte,
El que triunfó potente de la muerte
Sacando de la muerte nueva vida.

Hoy convertido en Hostia inmaculada
Hasta nosotros llega,
Y cual prenda de amor la mas sagrada,
Por su sola bondad nunca agotada
Al mismo débil pecador se entrega.

¡Oh! gloria á Dios: del hombre arrepentido
Hoy la plegaria sube
A su trono de soles circuido,
Y su llanto en vapores convertido
De su planta inmortal forma la nube.

¡Hosanna á Dios! En el estenso mundo
Aloc su voz el hombre,
Y cante humilde con ardor profundo
La plenitud de su poder fecundo,
La excoelsitud de su divino nombre.

Señor, Señor, tu mano omnipotente
A tí nos encamine,
Y por tu amor purísimo y ardiente
El sol de tu esperanza nos aliente
Y la luz de tu fé nos ilumine.

Enriqueta Lozano de Vilches.

PREFERENCIAS DE UN PADRE.

(Conclusion).

—¡Yo, yo!

—Sí, hija, sí, míralo escrito y en letras de molde; acaba de adjudicársete uno de los premios á la virtud. Y el sacerdote, al decir esto, le presentó el periódico.

—¡A mí! ¡imposible! ¿pues qué he hecho yo? repuso la jóven apartando el papel.

—Lo que no siempre hacemos todos, cumplir con tus deberes y aun escederlos; haber alimentado con tu trabajo al pobre huérfano y á tus ancianos padres, por cuyo cuidado sacrificaste hasta lo que hay mas caro para el corazon de una jóven, las ilusiones de su amor.

—¡Ah! callad, callad, exclamó Margarita llorando.

—¿Pero eso es cierto? preguntó Gifre levantándose por un movimiento nervioso de su sillón, en que volvió á caer al punto.

—Cierto, muy cierto, repuso el procurador que habia cojido el periódico, seis mil reales á Margarita Gifre y Camps, seis mil reales con que premia su virtud la sociedad...

—Con que espresa la admiracion que le inspira y el respeto que le merece, porque el dinero nunca puede recompensar dignamente á la virtud, interrumpió el sacerdote.

—Ya comprendo, pero ¿quién hubiera dicho semejante cosa?

—Cualquiera que sepa que el mundo no es tan malo como ereen muchos, y que la sociedad tiene coronas para las virtudes de los pobres, como para la gloria de los guerreros y el genio de los grandes hombres.

—Sí, sí, ya lo veo, y por lo mismo os felicito á todos, aunque esto será cosa vuestra; vos habreis dicho...

—Yo interrumpió el sacerdote con impotente dignidad, solo he dicho donde estaba la perla escondida; otros, mas poderosos que el oscuro esclaustrado, han visto que era verdad, y apreciando su valor la realzan como deben.

—Sí, sí, ya lo veo, concluyó el hombre; con que, muchachos, á su sitio esos muebles, y con la música á otra parte.

Margarita, bajo el peso de su sorpresa, habia quedado muda y anonadada en su asiento. Su madre, con el niño en los brazos, temblaba de piés á cabeza jnto al sillón de su marido, donde se habia refugiado á la entrada del procurador; Gifre... mas ¿quién podrá espresar dignamente lo que pasaba en aquel instante en las profundidades de su alma? Él, que mirándolo todo por el mezquino prisma del egoista interés, habia sublimado por cima de todos sus afectos el de aquel Jaime, cuya pérdida lamentaba, y cuya partida encadenóle en aquel sitio, que era para su activa y enérgica naturaleza como el lecho de Procasto; él, que por un hijo,

ingrato y cruel, habia cerrado los ojos ante las amarguras y dolores de los demás, castigando en el tierno y enfermizo infante lo que disimulaba en el niño cuasi adulto; él, que por el joven dañino, maltrataba á la mujer generosa que se inclinaba ante un trabajo duro, dando por ese hermano toda su escasa ganancia, regada con el llanto de sus ojos y el sudor de su altiva frente; él lo veía todo ahora, y se execraba á sí mismo, porque su injusta predilección habia despertado la envidia, y esta concitado las pasiones que cavaron el abismo donde habian caído, unos despues de otros, los hijos de sus entrañas. Solo le quedaba Margarita, y aquella Margarita desdeñada antes de nacer, y á quien llamaba siempre sér inútil y carga enojosa, castigada injustamente en la niñez, humillada y desconocida hasta aquel momento, aquella Margarita sin cuyo heróico sacrificio no hubiera habido, como dijo ella al renunciar á toda ilusión de amor, á todo proyecto de ventura, para el triste paralítico sino el lecho de un hospital, para la pobre ciega la limosna del transeunte, se levantaba á sus ojos en medio de su modesta oscuridad, radiante de luz con el esplendor de la corona que el mundo acababa de ceñir á sus virtudes.

Todo esto se presentó á la mente de Gifre con tan inesperada prontitud, como un cuadro grandioso, mas oculto hasta aquel instante por un oscuro lienzo que arrancaran de pronto, sintiendo el mas doloroso castigo que puede haber para un padre, el de hallarse confuso y humillado en presencia de su hija.

Entonces, lanzando un grito ronco, exclamó:

—¡Padre, padre! perdonadme, en nombre del cielo, mis injustas preferencias.

—No digais eso, respondió Margarita postrándose ante el obrero, vos debíais castigar-nos, vos...

—Yo debía ser justo, yo debía ver lo que tenía ante mis ojos. ¡Ay! ¡cuán severamente castiga Dios mi ceguedad!

—Sí, murmuró la triste madre prorrumpiendo en llanto, sí, porque el bien de un hijo no nos hace olvidar nunca la pérdida de los otros.

—Y yo los he precipitado con mi rigor á unos, con mi cariño á otro; por eso Dios me amarga esta alegría quitándome que pueda estrecharlos á todos sobre mi corazón en este momento de felicidad, dijo el obrero; y cojiendo entre sus manos la rubia cabeza de Margarita, se inclinó sobre ella, y la besó llorando.

—La felicidad, hijos míos, murmuró el sacerdote, no existe sino en el cumplimiento de nuestros deberes; vos no comprendísteis bien los del padre: por eso en vuestra alegría de hoy caen las tristes lágrimas de las faltas de ayer. ¡Oh! si al menos vuestro ejemplo sirviera de lección á otros padres!

Maria Mendoza de Vives.

LO QUE SE VÉ EN CASA DE LA SRA. TUSSAUD.

POR

ALEJANDRO DUMAS.

(Conclusion.)

—Pues bien: el rey fué conducido al cadalso en su mismo carruaje y con las manos libres. Al pié del tablado se creyó necesario atárselas, mas por temor de que un movimiento involuntario alargase su suplicio ó lo hiciera mas doloroso, que porque se temiese accion alguna de su parte. Uno de los ayudantes tenía la cuerda en la mano, mientras otro le decia: «Es preciso ataros las manos.» Al oír esta proposición inesperada, á la vista de la cuerda, Luis XVI hizo un movimiento repulsivo: «¡Jamás, exclamó, jamás!» y rechazó al hombre de la cuerda. Los otros tres ayudantes, creyendo que habia lucha, se acercaron rápidamente. Aquel momento de confusión lo ha interpretado cada historiador á su manera. Mi padre, entonces, se aproximó y le dijo respetuosamente: «Con un pañuelo, señor.» Al oír la palabra *señor*, que no habia llegado á sus oídos tanto tiempo hacia, Luis XVI se estremeció, y como al mismo tiempo su confesor le dirigiese algunas palabras desde el coche: «Bien, sea; esto mas, Dios mío!» dijo. Y estendió las manos.

—¿Y el patíbulo de hoy es el mismo? preguntó.

—No; ha sido renovado; pero la guillotina antigua, la que sirvió para Luis XVI, María Antonieta, Mme. Isabel y la princesa Lamballe está en nuestro museo.

—Ah! ¿teneis un museo?

—Sí: ¿queréis verlo?

—Con mucho gusto.

—Seguidme, pues.

Tomó Sanson una bugía y echó á andar delante de mí.

Subimos algunos escalones y entramos por la derecha en una especie de galería.

Allí estaba el museo terrible.

En primer término, apoyados en la pared, estaban los dos maderos, y entre ambos el machete enmohecido.

Al pié, la báscula desmontada y las dos canastas, la que recibía la cabeza y la destinada á recibir el cuerpo.

Detrás de esta sombría reliquia, estaba la espada que decapitó á Lally Tolleudal.

Observando mi curiosidad, M. Sanson me puso aquella espada entre las manos.

Era un ancho estoque, cuyo hoja medía cerca de cuatro pies de largo; la forma era española, é indudablemente compañera de esas preciosas armas templadas en el Tajo. Las guardas eran de hierro, como el puño, compuestas de cuatro espigas de hierro retoroidas que cubrían la mano, mientras que la salvaguardia estaba provista de pequeñas muescas para que se enredase la espada del contrario.

Seguía despues todo un arsenal de hachas, azuelas y rompe-cabezas de todas clases.

Ví todo esto como soñando, á la luz de una bujía cuya temblorosa llama hacia temblar tambien los objetos que la rodeaban.

El Sr. Sanson parecía tener singular gusto en enseñarme todos aquellos objetos, y yo no temí molestarle haciéndole cuantas preguntas se me ocurrieron.

Despues de haberle pedido mil perdones,

—Caballero, le pregunté, ¿es cierto que podéis tener carruaje, pero solo á condicion de poner vuestro nombre en él?

—No es una ley, me contestó, pero es una costumbre que es peor todavía, porque la primera se deroga, y la segunda subsiste siempre. Sin embargo, si queréis ver la manera de eludir la cuestion, venid conmigo y vereis mi carruaje.

Yo queria verlo todo y le seguí.

Bajamos á una caballeriza y en la cochera ví una especie de *landó* bastante pesado.

El Sr. Sanson acercó la luz á la portezuela, en la que distinguí un blason.

Estas son las armas que *se ven*.

El escudo consistia en una campana rota, debajo de la cual estaban escritas estas palabras: *Sans son* (sin sonido).

VIII.

¿De qué modo aquella guillotina que habia yo visto desmontada en 1833, en el museo del señor Sanson en París, se encontraba montada en 1857 en el museo Tussaud en Londres?

Voy á explicar esto.

Clemente Enrique Sanson era, como me habia dicho su padre, un gran aficionado á espectáculos.

Iba á todas las primeras representaciones y no faltaba á un baile.

Dije antes que Sanson padre no habia ejecutado nunca, y que el hijo *trabajaba* desde 1820.

Durante la noche del carnaval de 1836, se decidió la ejecucion de Fieschi.

Cuando se dispone una ejecucion con un día de anticipacion, el ministro de justicia envia la orden al procurador general, y el tribunal entonces avisa al ejecutor enviándole además otra orden para que el director de la prision le entregue el condenado.

El mismo tribunal previene tambien al limosnero de la cárcel, á los gendarmes y á la policia.

Se habia decidido en la noche del martes que Fieschi seria ejecutado al dia siguiente; y cuando llegó el aviso á casa del ejecutor, Sanson padre estaba en el campo, y Sanson hijo no se habia recojido todavía.

La orden, sin embargo, era urgente: á las siete de la mañana siguiente, debian morir Fieschi, Pepin y Moret, y no habia ejecutores.

Los criados contestaron que no creian que su amo viniera antes de las siete ó las ocho.

El enviado por el tribunal se presentó al jefe de la brigada de seguridad y le dijo que M. Sanson estaba ausente.

Pero M. Sanson era necesasio, y se trataba de encontrarle donde quiera que estuviese.

Fué el mismo jefe á casa del verdugo, interrogó á los criados, pero nada adelantó. Se le ocurrió entonces una idea y la puso en práctica. Sabia que aquella noche se daba no sé en qué salon de París un gran baile de máscaras, y sospechó si M. Sanson estaria en él.

Encaminóse pues allá, puso centinelas alrededor para que nadie saliera, entró en el salon y mandó que todo el mundo se quitara la careta.

El jefe de policia no se habia engañado.

Fieschi, Pepin y Moret fueron ejecutados á la hora señalada.

Sucedieron dos ó tres hechos de este género, y Clemente Enrique Sanson que queria tener el derecho de convertirse, hizo dimision de su cargo á los pocos años.

No tenia mas recursos que los que le producía su empleo, ni mas fortuna que los muebles de su casa y las curiosidades de su museo.

Las espadas, hachas, y cuchillas, vendieronse fácilmente; pero la guillotina no era de fácil transporte, y hasta el director del museo de Artillería la rechazó.

Por último, Sanson la ofreció á la señora Tussand que la compró por el mismo precio que la habia comprado Sanson abuelo, después de la ejecucion de María Antonieta; por cinco mil quinientos francos.

(Traducción.)

Jerónimo Lafuente.

INVENCION DE LAS PELUCAS.

La primera peluca.

Felipe el bueno, duque de Borgoña, perdió á consecuencia de una grave enfermedad todos sus cabellos. Fué tanto mas sensible este disgusto, cuanto que acababa recientemente de desposarse con la bella princesa Isabel de Portugal.

Para disimular cuanto le era posible su calvicie, se cubrió la cabeza con un pequeño casquete negro. Pero este gorro no le impedía estar muy feo, ni tampoco que lo echase de ver la princesa.

El duque, á la mañana siguiente de sus bodas, se hallaba con una pesadumbre mortal.

Un prelado, que gozaba de gran crédito en la corte, se aventuró á preguntarle la razon.

—Señor, le dijo, vuestra buena ciudad de Bruselas se halla inconsolable con el pesar de V. A. ¿No tendríamos algun medio de aliviarlo?

—¡Es imposible! respondió Felipe: mi mal es incurable, y sin embargo, ¿qué no daría yo por ser amado de mi esposa?

El prelado no perdió del todo la esperanza y queriendo conservar el favor del duque, propuso un elevado premio para aquel que descubriese un medio de disimular la calva.

Al cabo de algun tiempo solicitó un extranjero ser introducido á su presencia. Le presentó

un gorro cubierto de una rubia y larga cabellera tan natural y tan perfecta, cual si hubiese crecido sobre una cabeza humana.

A la vista de tan maravillosa obra, dió el prelado un grito de alegría.

—¡Tu nombre! dijo vivamente al extranjero, ¡tu nombre, hombre admirable!

—Pedro Lorchaut, monseñor, barbero avecinado en Dijou.

En la noche de este memorable dia, Felipe dió á los habitantes de Bruselas un soberbio baile en el que se presentó con la cabeza cubierta de una hermosa peluca rubia.

No dice la historia si la duquesa Isabel conoció por esto mas amor á su esposo. ¿Pero que importa? al recorrer esta relacion, mas de uno de nuestros lectores, echando la mano á su cabeza, bendecirá tal vez la memoria de Pedro Lorchaut.

El Vizconde de San Javier.

LA PIEDRA.

Un hombre rico tuvo una disputa con un pobre jornalero y en el esceso de su cólera le tiró una pedrada: el pobre recogió la piedra y se la metió en el bolsillo.

—Tiempo llegará, pensó para sí, en que pueda yo devolvérsela, arrojándola á la cabeza de mi enemigo.

El rico, que llegó á verse reducido á la mendicidad por su orgullo, su holgazaneria y su prodigalidad, pasó un dia cubierto de harapos por delante de la cabaña del pobre.

Al verle este, fué á buscar su piedra para tirársela al desgraciado; empero detúvose por una repentina reflexion y dijo:

—No, veo en este momento que jamás debe uno vengarse de su enemigo. porque, si es rico y poderoso, es una locura, y, si es desgraciado, es una barbarie. Así, en uno y otro caso, la venganza es siempre indigna de un hombre de bien y, sobre todo, de un cristiano.

Schmid.

ESPLICACION Y APLICACION DEL FIGURIN.

Trajes de niños.

FIGURA 1.^a Niño de ocho años: traje de paño gris, compuesto de chaqueta, chaleco y calzon fruncido en la rodilla: la chaqueta está guarnecida



cida al derredor, en los bolsillos y en el borde inferior de las mangas, con un agremamiento de pasamanería: el chaleco está cerrado de alto á bajo con botones de seda.

Corbata violeta-monseñor: medias de seda de este mismo color: botitas cortas, negras, con borlas de seda.

FIG. 2.^a Niño de diez á doce años: traje de paño color Habana, compuesto de pantalón y chaqueta larga cerrada por grandes botones de nácar del color del traje: una segunda fila de botones le adorna.

Medias de seda á rayas negras y carmesí, y zapato bajo de charol con lazo de cinta negra.

Cuello alto y corbata carmesí.

Sombrero marinero, de fieltro Habana, con cinta carmesí.

Gautes claros.

FIG. 3.^a Niña de nueve años: traje de popelina marrón; el borde de la falda está adornado con una tira de terciopelo negro, recortada en la parte superior á picos y orillada con trenilla de seda: en el centro de cada pico va colocado un botón de pasamanería del que descienden tres bellotitas.

Cuerpo-vesta abierto por delante para dejar ver una camiseta con cuello liso, y con faldones por detrás: este cuerpo lleva solapas de terciopelo en el pecho y en los faldones: de lo mismo son las hombreras y las vueltas de las mangas, y todo está adornado por botones con bellotas.

Medias blancas y botas de merino del color del traje.

Gorra escocesa de fieltro blanco adornada por delante con una joya de plata que sujeta un copete de plumas azules: los bordes están guarnecidos de terciopelo azul: detrás lazadas y cabos flotantes de cinta de terciopelo azul.

FIG. 4.^a Niña de diez años: traje de popelina granate: la falda se guarnece con siete cintas muy estrechas de terciopelo negro: el cuerpo, que figura camiseta rusa, está adornado por delante con cuatro terciopelitos y una fila de botones de terciopelo: en el cuello y bordes de las mangas terciopelitos.

Segunda falda de pelo de cabra gris con rayitas negras, recortada en picos y estos orillados de terciopelo. Cada paño está levantado por medio de una hoja de trébol formada con cordón de seda.

Coselete de popelina, con tirantes, todo recortado á picos ribeteados con terciopelo.

Botas grises, y cintas carmesí en los cabellos.

FIG. 5.^a Niño de cuatro años: traje de terciopelo azul Méjico, compuesto de calzon ancho y chaqueta bretona: esta está hendida en la espalda y en las caderas, y adornada toda al rededor, lo mismo que los costados del pantalón, de agremamiento de seda. Camiseta de muselina con cuello y puños lisos.

Botas húngaras de cuero de Rusia con borlas, y medias blancas.

FIG. 6.^a Niña de diez años: Falda y coselete bearnes de popelina verde, aquella adornada en la parte inferior con tres rizados de cinta: cuerpo de merino blanco adornado de entredoses de encage negro.

Botas grises.

FIG. 7.^a Niña de ocho años: traje de popelina violeta-monseñor, compuesto de falda lisa y paletot basquine, casi ajustado, y adornado por una fila de madroños.

Manga ajustada con una fila de madroños en la sisa: el paletot se cierra con botones de seda.

Cuerpo interior de nanzouk con cuello y puños lisos.

Sombrero redondo de paja negra adornado por una guirnalda de violetas al rededor de la copa, que termina en lazadas y cabos flotantes.

Botas húngaras negras con borlas.

FIG. 8.^a Niño de seis años: traje de terciopelo negro, compuesto de calzon flotante y de blusa, sujeta al talle por un cinturón de seda con hebilla de plata.

Camisa con cuello derecho.

Botas altas, cortadas en la parte superior en forma de corazón.

Ya hemos dicho otras veces que nada hay que añadir á los modelos de trajes de niños, que París nos envía: todo es adecuado, gracioso y económico, exceptuando los trajes de terciopelo de los dos niños menores: aquellos pueden hacerse de paño ó merino de la misma hechura, y nada perderán, por ser la tela mas modesta, de su elegancia y distinción.

Pamela.

Por todo lo no firmado.

MARIA DEL PILAR SINDÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.



Reproduction interdite.

Louis Berlioz

Hélène Lohr

Imp. Maricon
675

LA FRANCE ÉLÉGANTE

Journal de Modes

Toilettes d'Enfants pour l'Automne.

Ayuntamiento de Madrid

Robes de Mad. Charpentier, 38, r. Richelieu. Pour lardes de la Colonie des Indes, 53, r. de Rivoli.

Parfums et Savons de toilette de Toilette, fournisseur de S. M. l'Impératrice Eugénie. Machines à coudre de Martougen, Boul. Sébastien.